

# MODELOS DE ACUMULACIÓN, CLASES SOCIALES Y AGRICULTURA EN AMÉRICA LATINA\*

Δ → GONZALO ARROYO

AGRICULTURA Y CLASES SOCIALES, LATINOAM  
IMPERIALISMO Y AGRICULTURA, LATINOAMERICA

GLADAM  
EECPO  
PCLAS  
JCLAS

## INTRODUCCIÓN

Se intenta analizar aquí, las potencialidades políticas del movimiento campesino e indígena en América Latina. Para hacerlo resulta indispensable situar este análisis dentro de un marco más amplio, a saber, la situación de crisis por la que atraviesa el sistema económico y político imperialista y ver cómo esta situación afecta a las distintas formaciones sociales de América Latina, sus modelos de acumulación y, más particularmente, a la agricultura y al campesinado. Es necesario por lo tanto determinar el lugar de la agricultura en la división internacional del trabajo que tiende a imponerse en la actual fase de desarrollo capitalista. No seguir este camino nos haría caer en la trampa en la cual antes, y sobre todo en los años 60, una parte de los intelectuales de América Latina cayeron estimulados por una visión dualista del "subdesarrollo" de las economías de la región. Es decir, analizar la agricultura como si en la práctica fuese un sector autárquico dentro de las economías nacionales, y por consiguiente proponer una reforma agraria, centrada en la mera redistribución de la propiedad de la tierra como principal proyecto político para el campesinado.

Consideraciones previas sobre el actual modelo de acumulación. Ha-

\* Este trabajo preliminar es parte del proyecto internacional "Multinacionales y agricultura en América Latina". Agradezco particularmente a Ricardo Sidicaro, Jean Marc Von Den Weid, Silvio Gómez de Souza del equipo de París, a Fernando Rello del equipo mexicano y a José Bengra del equipo ecuatoriano por críticas y sugerencias hechas a versiones preliminares de este trabajo. El autor trabaja en la Universidad de París.

cia fines de los años 60 se observa en las economías desarrolladas y específicamente en Estados Unidos —después de 20 años de crecimiento económico casi inigualado en la historia del capitalismo— una tendencia al estancamiento, la aparición de problemas monetarios y otros síntomas que desembocan en 1973-74 en la recesión económica atribuida por círculos capitalistas al alza de los precios del petróleo.

No nos toca analizar aquí el carácter de la crisis capitalista y el papel que juega en ella el capitalismo transnacional, sino más bien el dramático impacto que tiene sobre las economías latinoamericanas y en particular sobre la agricultura.<sup>1</sup>

### DESAPARICIÓN DE LA "AGRICULTURA"

El proceso de agro-industrialización. Los condicionamientos estructurales y coyunturales del actual sistema capitalista mundial tenderían por lo tanto, a modificar el modelo de acumulación en los países dependientes.<sup>2</sup> Éste se basaría principalmente en el control extendido por el capital transnacional de los sectores más dinámicos de las economías dependientes y en la sobre-explotación del trabajo asalariado. Sin embargo, para reproducirse requiere del uso permanente de mecanismos extra-económicos, es decir, de cambios políticos drásticos y la consiguiente instauración de regímenes represivos. Se han señalado las consecuencias económicas que acarrea este patrón de acumulación: una polarización estructural de las economías (polo moderno dinámico ligado al capital transnacional versus polo tradicional estancado con orientación hacia el mercado interno), un estrechamiento de los mercados internos y el consiguiente favorecimiento de las exportaciones y a veces de las importaciones liberadas de bienes de consumo manufacturados, una redistribución regresiva del ingreso y una concentración y desnacionalización del capital, acompañadas de un estrangulamiento

<sup>1</sup> Theotonio Dos Santos, "La crisis capitalista: carácter y perspectivas", Documento de Trabajo Núm. 1, SELA, México, 1977, 50 p.; Ronald Müller y Robert Cohen, "A Marshall Plan for the developing world: overcoming the contradictions in the international financial system" 1977, 27 p. (mimeo); María Conceição Tavares, "o desenvolvimento industrial latino-americano e a atual crise do transnacionalismo" // *Estudos CEBRAP* 13, 1975, pp. 5-28.

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, Javier Martínez y Pedro Vuskovic, "Once proposiciones sobre la situación actual de América Latina", Documento de Trabajo Núm. 8, SELA, México, 1977, pp. 3-27 y Alvaro Briones y Orlando Caputo, "Hacia una nueva modalidad de acumulación capitalista dependiente en América Latina" en // *Investigación Económica* Núm. 2, UNAM, México, 1977, pp. 83-10.

en la balanza de pagos y del recurso obligado a la contratación de crédito externo. Todo lo anterior conduciría a una deformación aún mayor de la estructura productiva (producción de bienes de lujo o de exportaciones en detrimento de bienes de consumo popular), a un declinamiento de la industria, del comercio y de los sistemas de distribución y de finanzas "nacionales"; a una pauperización de la clase obrera y aún de las capas medias (inflación, desempleo, baja de ingresos reales, reducción de servicios de seguridad social, educacionales, de salud y otros). Al analizar la performance en algunos países en que más se ha implantado este modelo de acumulación, se concluye que éste no parece llevar en la mayoría de los casos a una estimulación significativa del crecimiento económico nacional, por lo menos en los últimos años de recesión mundial, pese a los subidos costos económico-sociales y aún a la represión brutal contra grandes sectores de la población que necesariamente implica.

### *"Agribusiness" en América Latina*

Tendencias históricas. Pero esta caracterización del patrón de acumulación actual, con la cual concuerdan, aunque con variantes, no pocos científicos sociales, casi nada dice sobre el papel de la agricultura y sobre las transformaciones que en ella se producen.<sup>3</sup> En verdad, si se examina una a una las economías latinoamericanas en que este modelo de acumulación estaría imponiéndose: Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, Perú y otros países sometidos a regímenes militares, o en de-rechización, uno se encuentra con la evidencia de que en la mayoría de los casos se distingue como línea política principal, aparte del desarrollo industrial y financiero asociado con el capital multinacional, el fomento a las exportaciones de materias primas agrícolas, agro-industriales, petroleras y mineras y no a las de productos industriales y manufacturados sujetos hoy a una competencia internacional y a prácticas proteccionistas crecientes. Es decir, que el modelo —pese al desarrollo industrial indudable aunque distorsionado que se acelera después de la segunda guerra mundial en varios países— sería minoritaria-

<sup>3</sup> Existen felizmente algunas excepciones: Alain de Janvry de la Universidad de California, Berkeley. Ver, por ejemplo, "The political economy of rural development in Latin America", en American Journal of Rural Economics, Ag., 1975, pp. 490-499 y Alain de Janvry y Carlos Garramon, "The dynamics of rural poverty in Latin America" 25 p. (mimeo).

mente un modelo agro-minero exportador de nuevo cuño. Y su función dentro de la división internacional del trabajo residiría sobre todo en continuar suministrando materias primas y en segundo lugar, en constituir en esos países espacios económicos de recambio donde se realice el capital multinacional.

Este modelo de acumulación sería una maduración maligna, una exacerbación del modelo de sustitución de importaciones centrado en el desarrollo urbano-industrial y en la realización doméstica del capital, que predominó hasta los años 60, e implicaría además el abandono del intento brasileño y mexicano de desarrollo industrial hacia afuera asociado con el capital multinacional que maduró hacia fines de los años 60.<sup>4</sup> Pero no sería por supuesto un simple retorno al modelo agro-exportador que prevaleció hasta la crisis capitalista de 1930 porque su imposición, en la fase actual de transnacionalización y concentración del capital comercial, financiero y productivo es posible sólo sobre la base del agotamiento de los anteriores.<sup>5</sup> Dentro de la actual correlación de fuerzas políticas reflejadas por los Estados militares o por regímenes cada vez más autoritarios, el modelo agro-minero exportador presenta características nuevas. Analicemos antes la agricultura y su evolución reciente.

### MODELO AGRO-MINERO EXPORTADOR Y AGRICULTURA HASTA LOS AÑOS 30

En verdad, el concepto de "agricultura" utilizado con amplitud por las ciencias sociales pierde valor teórico y operacional en este periodo en que la agricultura es sometida a la agro-industria y ésta a su vez está cada vez más controlada por el capital transnacional dentro de la desigual división internacional del trabajo, favorable a los países capitalistas desarrollados. Dentro de lo que se ha llamado agricultura, el sector capitalizado y moderno ligado a la agro-industria se hace cada vez más hegemónico y esto paradójicamente conduce a la agricultura a su propio fin. En efecto, en forma más precisa, la actividad productiva agropecuaria y forestal no es sino uno de los cuatro sub-sectores de la cadena agro-industrial: 1) producción "hacia arriba" de la agricultura de insumos agrícolas, bienes de capital fijo y productos inter-

<sup>4</sup> Sobre el problema de la tecnología de punta consultar Fernando Danel, "América Latina en la nueva estructura capitalista internacional", Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1977, 20 + 4 p. (mimeo).

<sup>5</sup> Hay que tomar en cuenta que el modelo de sustitución de importaciones no se impuso en todos los países; es el caso de Centroamérica y del Caribe.

medios; 2) producción agropecuaria y forestal propiamente dicha; 3) procesamiento y transformación “hacia abajo” en el proceso agro-alimentario (industrias agro-alimentarias y agro-industriales); 4) distribución y comercialización de alimentos de consumo final (servicios de almacenamiento, distribución, venta de detalle, consumo institucional y restauración).

De estos cuatro sub-sectores, el primero, tercero y cuarto están en buena medida controlados por filiales de transnacionales (dicho control varía según las líneas de productos) y en todo caso el valor agregado por el sub-sector “agricultura” al producto final de consumo, tiende cada vez a ser menor y el mismo sub-sector, a estar subordinado por diversos mecanismos de integración y cuasi-integración vertical al capital transnacional.<sup>6</sup> Al mismo tiempo, dentro del sub-sector agropecuario, la agricultura “moderna” se extiende cada vez más en detrimento de la agricultura “tradicional”. Esto no significa, como al menos implícitamente argumentaba la mayoría de los economistas agrarios en los años 60, que la modernización está ligada a los tipos de tenencia de la tierra. El dinamismo agro-industrial puede atravesar en forma vertical todas las formas de tenencia: multifamiliar grande, mediana y pequeña, y subfamiliar según la terminología de los informes CIDA, de gran impacto en la década pasada. Lo que importa es saber a qué *líneas de productos* se asocia la transformación de la estructura productiva y de clases en el campo y a cuáles otras, el estancamiento de la agricultura. La evidencia empírica disponible demuestra que las líneas de producto dinámicas en general están asociadas al desarrollo agro-industrial y a la exportación, y las estancadas se vinculan a la agricultura de auto-consumo o a aquella orientada a sub-mercados locales o regionales. Tal observación tiene particular importancia metodológica.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> ~~Gonzalo Arroyo~~, “Capitalisme transnational et agriculture traditionnelle: formes d'intégration” en ~~*Multinationales et Agriculture en Amérique Latine*~~ (bajo la dirección de G. Arroyo), Anthropos París, 1978.

<sup>7</sup> ~~Arthur Domike~~ y Gonzalo Rodríguez desarrollan en ~~*Agro-industrias en México*~~, CIDE, México, 1976, mimeo, el concepto de *sistema agro-industrial*, o sea, “el proceso que atraviesan las materias primas de origen agropecuario hasta llegar al consumidor. Cada sistema abarca varias “etapas” técnicas, de transformación, que son llevadas a cabo por distintas empresas. Las empresas se agrupan en “clases industriales”. La compra-venta de las materias primas, bienes intermedios y finales se lleva a cabo en distintos mercados. Se analizan a nivel de dichos sistemas las estructuras de competencia y las relaciones entre los distintos grupos de industrias y entes estatales”. Domike y Rodríguez identifican 20 sistemas para México.

~~Baúl Trajtenberg~~ trata de escapar a un análisis estático y propone la noción de “núcleo”

MODELO DE SUBSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES Y DE DESARROLLO  
URBANO-INDUSTRIAL

Para comprender la tendencia a esta desaparición de la agricultura como sector autónomo y además, si se quiere, como sector precapitalista o "tradicional", hay que referirse al surgimiento de un *sistema agro-alimentario mundial* con amplios recursos financieros, servicios de almacenamiento, de transporte marítimo, acceso a los mercados, etcétera.<sup>8</sup> Ello permite controlar en forma oligopólica no sólo los mercados internacionales de ciertos alimentos "estratégicos", sino también los mercados nacionales de cierta cantidad de productos básicos y otros orientados, en los países dependientes, a las capas urbanas de altos ingresos. El surgimiento de este sistema está ligado a la estrategia de Estados Unidos: usa los alimentos como arma política y extiende su control sobre el mercado mundial de aquellos que son considerados "estratégicos".<sup>9</sup>

*La agricultura en el modelo de substitución de importaciones*

Debemos referirnos también, a la creciente integración vertical o al menos a la cuasi-integración de la producción agrícola dentro de ese sistema agro-alimentario, en la medida en que el capital se expande en cada formación social. En otras palabras, la agricultura "tradicional" de los países capitalistas dependientes y subdesarrollados está

o "etapa clave" en Enfoque sectorial para el estudio de la penetración de empresas transnacionales en América Latina; ILET, México, 1977. "La existencia de un cierto nivel de concentración se transforma en una condición para la identificación de un sector en su carácter de núcleo de un complejo. En efecto, se trata primordialmente de analizar fenómenos de ejercicio del poder económico, poder que sólo puede ejercerse en mercados oligopólicos (que por necesidad son concentrados). Sin destacar estos dos enfoques, nosotros ponemos énfasis en las *líneas de productos*". En vez de centrarnos en las materias primas (Domike) o en la concentración oligopólica dentro de la economía nacional, ampliamos el análisis al comercio internacional de alimentos estratégicos (materias primas y bienes de consumo final), puesto que el proceso de centralización y concentración del capital no sólo se ejerce dentro de la economía nacional sino también, y sobre todo, en el plano internacional. Por eso hablaremos del sistema agro-alimentario mundial.

<sup>8</sup> Ver una descripción en Ray Goldberg, "U.S. Agribusiness breaks out isolation" en Harvard Business Review, mayo-junio, 1975.

<sup>9</sup> Algunas obras recientes tocan ese tema: Susan George, How the other half dies, Penguin Books, London, 1976, Tercera Parte, pp. 139-269; Frances Moore Lappe y Joseph Collins, Food First, Houghton Mifflin, Boston, 1977, Parte IX, pp. 323-370, y Michael Perelman, Farming for Profit in a hungry World, Capital and the crisis in agriculture, Studies, Nueva York, 1977, 238 p.

siendo sometida al control del capital monopólico nacional y multinacional “hacia arriba” y sobre todo “hacia abajo” del sub-sector agrícola. La integración vertical tradicional —plantaciones bajo la égida del capital extranjero— es remplazada hoy cada vez más por una cuasi-integración de la agricultura bajo formas de contratos de los productores con las filiales de multinacionales orientadas a vender alimentos transformados para los mercados internos de altos ingresos y/o hacia la exportación. Se trata entonces de una *subordinación indirecta* al capital y de este modo los productores “autónomos”, ya sea minifundistas de la agricultura tradicional o empresarios pequeños y medianos, se transforman, no exactamente en asalariados, pero sí en asalariados a trato o a tarea de los complejos agro-industriales de transformación o distribución de los alimentos procesados.<sup>10</sup> Lo anterior se acompaña de un proceso de concentración del capital agro-industrial en el plano nacional e internacional sobre la base de captación de excedentes de la agricultura y también de la fuerza de trabajo agrícola. Es indudable que el proceso golpea más fuerte en términos de ingreso —aumento desmesurado de los precios de insumos en relación con los precios controlados por la agro-industria y de empleo— al campesino minifundista o sin tierra sometido a una sobre-explotación, pero también afecta al pequeño y mediano productor, más vinculados al mercado capitalista, pese a que éstos reciben de parte de los gobiernos mayor ayuda crediticia y técnica. Trataremos de desglosar este punto un poco más adelante.

### *La variante brasileña*

Resulta innecesario subrayar que este proceso de expansión o internacionalización de la “agri-business”, produce una transformación dentro de la agricultura y de la sociedad rural mucho más profunda quizá que la llevada a cabo por las reformas agrarias más globales de los 60 en algunos países de América Latina. El concepto de agricultura como sector autónomo, propio de los modelos trisectoriales: primario, secundario, terciario —que aún prevalece en el análisis económico y en las

<sup>10</sup> Sobre el tema de la subordinación o sumisión directa del campesino al capital industrial ver: Claude Faure, *Les paysans dans la production capitaliste*, Département Économie Politique, Université de Vincennes, Dic. 1976; P. Evrad, D. Hassan, C. Viau, *Petite Agriculture et Capitalisme*, Edition de Travail, Institut National de la Recherche Agronomique, febrero 1976, 70 p.; P. Singer/S. Silva y otros, *Capital e trabalho no campo*, Editora Hucitec, Sao Paulo, 1977, 1461.

estadísticas internacionales— no puede sino desviarnos de la comprensión del proceso de diferenciación social que se produce hoy entre los campesinos e indígenas latinoamericanos. Requiere substituirse por un cuadro teórico que dentro de cada formación social analice la agricultura y el rol que desempeña dentro del patrón de acumulación imperante. Es decir, como subsector subordinado dentro del sistema agroindustrial y alimentario nacional e internacional ligado al sistema financiero y de transportes marítimos. Esto nos dará una base más sólida para esbozar un análisis de clases en la sociedad rural y proponer política agrarias alternativas. Nos evitará también caer de nuevo en la trampa de las ideologías reformistas de los años 60 que, sobre la base de una teoría de subdesarrollo dualista de tipo CEPAL, preconizaban la reforma agraria como una mera redistribución de tierras y reorganización de los campesinos en fincas familiares o cooperativas. Tales proyectos se basaban en la afirmación de que la clase latifundista era incapaz de modernizar la agricultura, dada su supuesta falta de capacidad empresarial y su vasto consumo, obstáculo para mayores inversiones en la agricultura y en la economía en general. Pero en verdad este esquema ideológico, una vez realizadas las reformas agrarias, mostró con evidencia que no buscaba desarrollar una agricultura sustentada en la empresa familiar sino reforzar al sector capitalista de la agricultura, impulsar las técnicas de la “revolución verde” y subordinarlas a la agroindustria dentro de un modelo de acumulación de sustitución de importaciones aún vigente en varios países en los años 60.

Análisis críticos de reformas agrarias relativamente drásticas y globales, como fueron la de Chile y Perú, así lo demuestran. Por cierto, las reformas agrarias modernizadoras son muy diferentes a una reforma agraria revolucionaria como la cubana, que contribuye a remplazar el modo de producción capitalista por el socialista.

### *La variante chilena<sup>11</sup>*

El desarrollo de firmas multinacionales ligadas a la agricultura no es algo reciente en América Latina, pero en los últimos años avanza con celeridad y se modifica cuantitativa y cualitativamente. Un rápido

<sup>11</sup> Sobre la Reforma Agraria Chilena ver /Gonzalo Arroyo/ “¿Después del latifundio, qué? en Mensaje (Santiago), 113, p. 591-9, Octubre 1972; y /Ostóbal Kay/ El reformismo agrario y la transición al socialismo en América Latina (1970-1973)”, Editorial Lealon, Medellín, 1976, 71 p. Sobre la reforma agraria peruana ver: /Fernando Eugén López/ “Política agraria y estructura agraria” en Estado y Política Agraria. 4 ensayos, Desco, Lima, 1977, p. 217-255.



análisis histórico nos permite detectar en América Latina firmas como Swift, United Fruit, Bunge de Born, y otras que desde las primeras décadas de este siglo se dedican sobre todo —mediante la explotación directa de la tierra o el control del procesamiento y comercialización— a la exportación de materias primas agrícolas: frutas, azúcar, algodón, cacao, carne.

Otras firmas como Nestlé, Anderson Clayton y otra vez Bunge e Born, también de implantación antigua, se especializan en la producción y comercialización de *alimentos básicos de consumo* para el mercado interno: leche condensada, aceite comestible, conservas, azúcar, harina de trigo, bebidas gaseosas. Se puede concluir que el capital extranjero se interesa desde comienzos de siglo, por lo menos en países como Argentina, en estos dos tipos de actividades: *exportación de materias primas agropecuarias y producción-distribución de alimentos básicos para sectores relativamente amplios de la población.*

#### *Otros casos*

Argentina, México y América Central. La segunda ola de penetración se da en momentos en que la industrialización y urbanización de los países latinoamericanos se acelera, a partir de los años 30, como resultado de la crisis y de la restructuración de la acción estatal. Eso refleja una nueva correlación de fuerzas políticas como veremos más adelante. Sobre todo después de la segunda guerra mundial, las firmas multinacionales agregan nuevas actividades a las anteriores. En particular, la *distribución de insumos importados*: maquinarias, abonos y luego, al compás de la “revolución verde”, semillas mejoradas, insecticidas, productos farmacéuticos, alimentos para ganado y pollos, etcétera. En esta fase se hacen presentes firmas como John Deere, Ralston Purina y otras. Hacia los años 60, en que surge la Alianza para el Progreso, en países más industrializados como Argentina, Brasil y México, una parte de estos insumos se fabrican en el país mediante filiales (tractores, maquinarias agrícolas). El Estado ayuda a este desarrollo mediante obras de infraestructura, políticas de precios y de investigación agrícola dentro de un modelo de acumulación de sustitución de importaciones centrado en la industria.

*Contradicciones del modelo después de 1955*

Hacia el fin de los años 50 y en los 60 las firmas multinacionales, ya en plena era de la *multinacionalización*, desarrollan además la producción agro-alimentaria no sólo de productos de consumo básico sino más de *alimentos orientados a los mercados urbanos de altos ingresos*. En aquellos momentos numerosas firmas establecen sus filiales en América Latina. Se tiende a imponer los hábitos alimenticios de los países industrializados a través de la oferta de productos diferenciados por marcas registradas y según técnicas de transformación, de presentación y de mercadeo propias de los países desarrollados: subproductos sofisticados de carne, de leche, de aceite, platos preparados congelados, confitería, bizcochos, bebidas, jugos, vendidos al detalle en supermercados o directamente al consumidor en cadenas de restaurantes u otros. Los alimentos de lujo —en relación al conjunto de la población, de alto valor agregado y rentabilidad dado el control oligopólico efectuado en los mercados urbanos de altos ingresos por las firmas multinacionales y algunas agro-industrias nacionales de importancia— se imponen mediante técnicas publicitarias experimentadas ya antes en los Estados Unidos y Europa y con el apoyo de políticas económicas estatales favorables. Esto conduce a la consolidación de una estructura industrial distorsionada, siguiendo la lógica de acumulación capitalista interna e internacional.

*El nuevo modelo de acumulación*

Aquí cabría hacer una anotación: resulta útil apuntar que en los últimos tres años existe, al menos en ciertos países, un incremento del desarrollo agro-alimentario controlado por las filiales de firmas multinacionales. Por ejemplo, la industria de transformación en torno a la soya (aceites y tortas oleaginosas), la diferenciación acelerada por la publicidad de alimentos transformados y llamativamente empacados, la multiplicación de cadenas de expendio final de alimentos (McDonalds, King Burger, Kentucky Friend Chicken, etc.) y la rápida instauración de la *agricultura de contrato* no sólo en torno a productos tradicionales sino a aquéllos de exportación hacia el mercado norteamericano (frutas frescas, legumbres y hortalizas, flores). Esto último sucede en regiones limítrofes a los Estados Unidos, es decir en México (Sinaloa, Sonora, Tamaulipas), en Centro América, el Caribe y Co-

lombia. Se observa en casos excepcionales el retorno a una integración vertical, abandonada en los años 60 por las compañías fruteras de Centro América, por medio de la adquisición directa de tierras por las multinacionales, como King's Ranch y Gulf Western. Ello demostraría también la tendencia al rápido desarrollo del capital extranjero en el sector agro-industrial en América Latina. Sin embargo, dicho fenómeno puede tener otra causa: la especulación de tierras dado los incentivos fiscales ofrecidos por ejemplo por el gobierno brasileño a las firmas para que adquieran propiedades en regiones de frontera.<sup>12</sup>

¿Qué efecto tiene lo anterior sobre la estructura de clase en el campo? Para desentrañar la madeja de este difícil análisis conviene antes referirse de manera breve a las alianzas de clases implícitas en los tres modelos de acumulación mencionados: el *agro-minero exportador*, que predominó hasta la crisis de los años 30, el de *sustitución de importaciones y desarrollo urbano-industrial*, que prospera en los años de postguerra sobre todo en los países del Cono Sur, México y Colombia, y el nuevo modelo de acumulación que tiende a imponerse en ciertos países a partir de fines de los años 60, en que el capitalismo mundial comienza a experimentar síntomas de agotamiento y aún de crisis en los años más recientes. Es evidente que esta periodización es algo arbitraria y que la secuencia de los modelos de acumulación no se dan sincrónica ni totalmente en cada una de las formaciones sociales de América Latina. En efecto, la caracterización refleja mejor los avatares del capitalismo dependiente de los países más avanzados industrialmente. En otros, al contrario, sobre todo en los más pequeños y subdesarrollados, se observan atrasos respecto a la secuencia observada en los grandes —por ejemplo, en la industrialización y variantes: el caso de países ricos en petróleo como Venezuela y Ecuador o el de aquéllos con un continente indígena considerable, que exigirían un análisis más fino. Pero limitémonos a título provisorio a presentar las grandes líneas de un posible marco de análisis de clases en cada modelo de acumulación, dentro del cual podremos estudiar la situación de la agricultura y del campesinado.

El modelo agro-exportador con raíces coloniales y neo-coloniales conlleva un crecimiento inducido desde el exterior dentro de una división internacional del trabajo en que los países latinoamericanos exportan materias primas agrícolas y mineras e importan bienes manufacturados

<sup>12</sup> Ver Plinio Sampaio // Presença do Capital Estrangeiro na Agricultura Brasileira”, CEBRAP, Sao Paulo, 191 p.

para los distintos sectores urbanos, así como artículos de consumo suntuario para las oligarquías locales.

En el caso específico de la agricultura se observa una neta diferencia entre el sector de exportación de crecimiento relativamente dinámico, pero expuesto a las fluctuaciones del mercado internacional, y un sector "tradicional" y de subsistencia relativamente estancado. Existe una alianza de clases internacional entre una oligarquía agraria y/o minera, según los países específicos, calificada también como burguesía compradora y que se alía y somete al capitalismo monopolístico internacional para el cual las economías pre-industriales de América Latina constituyen más que todo una reserva de acumulación primitiva.<sup>13</sup> Allí, las clases hegemónicas controlan Estados débiles y no intervencionistas en lo económico y ejercen su dominación sin contrapeso sobre la clase obrera. En lo que concierne al campesinado, la dominación se ejerce dentro de relaciones de producción en que predominan la plantación, con subsistencias esclavistas en Brasil, y el complejo hacienda-minifundio. La explotación de los campesinos, ya sea en la hacienda misma en que reciben básicamente su salario en forma de derecho al uso de un pedazo de tierra o bien, acudiendo a la fuerza de trabajo de reserva del minifundio colindante a las haciendas, se hace sin cortapisas, no existe legislación salarial, seguridad social, ni menos derecho a la organización sindical.

La crisis de los años 30, que deprime las cotizaciones internacionales y la demanda mundial de materias primas agrícolas y mineras, y más tarde la guerra mundial, crean condiciones para un nuevo modelo de acumulación en aquellos países con base objetiva para la industrialización. Imposibilitados para continuar adquiriendo las importaciones de bienes manufacturados, las clases dominantes, y gracias al relativo aislamiento que la situación mundial les impone respecto a Estados Unidos y/o Europa Occidental, introducen un modelo de acumulación que pone énfasis sustantivo en la realización interna del valor. Para lograrlo y sobre la base de la ascensión política de una burguesía industrial, se readecua el Estado, se estimula el desarrollo industrial y urbano, se agrupan legislaciones favorables a las actividades ligadas a un mercado interno en expansión y se regulan los factores de pro-

<sup>13</sup> E. H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Esta obra, de la cual se han hecho múltiples ediciones, desarrolla un análisis sobre las alianzas de clases dominantes. Francisco de Oliveira y otros se refieren a la acumulación primitiva en el caso de América Latina.

ducción, entre los cuales a la fuerza de trabajo urbana se le paga su costo de reproducción y no de acuerdo al criterio de productividad, lo que permite aumentar la masa de plusvalía captada por las empresas industriales. Para lograrlo el Estado interviene directamente en la fijación del salario del obrero industrial, y paradójico, a través de legislaciones con apariencias progresistas, como es propio de los gobiernos populistas. Los trabajos de Francisco de Oliveira sobre Brasil son particularmente ilustrativos sobre este punto.<sup>14</sup> El flujo de masas rurales a las ciudades contribuye a la creación de un “ejército de reserva” en función de la acumulación del capital en las empresas industriales, que en efecto se acelera en varios países de América Latina, sobre todo después de la segunda guerra mundial. Asimismo, el Estado reforzado interviene en todo el campo económico, con los mismos objetivos antes señalados: fijación de precios y de políticas fiscales y crediticias que favorecen al sector industrial y lo protegen de la competencia extranjera; redistribución de ingresos que amplían la capacidad de compra —más la de capas urbanas— de productos nacionales manufacturados; ejecución de obras de infraestructura (caminos, puertos, electricidad, regadío) y aún intervención en la producción directa —subsidiada— de acero, petróleo. En ciertos casos lo hace en la misma producción y comercialización de productos agrícolas de exportación (azúcar, café y cacao en Brasil).

Es necesario especificar el rol de la agricultura en este modelo de acumulación de capital porque éste varía según diversos factores. Uno de ellos es la *disponibilidad de tierras* en cada país; es muy distinta la situación de Brasil, Venezuela, Ecuador y de varios países de Centro América, de la de Chile, Argentina, Perú (éste último por lo menos en la costa y en la sierra), Colombia, El Salvador y otros. En los primeros existe una frontera agrícola, en los segundos la posible expansión horizontal de la agricultura mediante la incorporación de tierra inexplorada resulta impracticable o al menos, no jugará sino un rol marginal. Se agrega a ello la subsistencia de modos pre-capitalistas de producción en ciertos países con fuerte población indígena, que pueden oponer cierta resistencia a la penetración capitalista en la agricultura. Un segundo factor reside en si la producción agropecuaria en la anterior división internacional del trabajo se orientaba históricamente hacia la exportación o si cumplía sólo la función de abastecer al mercado

<sup>14</sup> Ver “Crítica a razao dualista”, *Estudos CEBRAP* 2, Sao Paulo, Editora Brasileira de de Ciencias; y *A economia da dependencia imperfeita*, Edições Graal, Río de Janeiro, 1977.

interno, por lo demás creado poco antes de los años 30, en que el proceso de urbanización no asumía todavía un ritmo acelerado. De acuerdo a este segundo factor, se pueden considerar dos tipos de países durante la fase agro-minero-exportadora: Brasil, Argentina, Ecuador, Centro América y otros de clara vocación agrícola exportadora, y Chile y Bolivia, cuya agricultura no estaba orientada hacia el mercado internacional, y los cuales exportaban en su lugar productos minerales.

Los dos factores mencionados tienen importancia porque el nuevo modelo de acumulación que trata de imponer la emergente burguesía nacional de los años 30 estaba sometido, cuando el antiguo modelo agro-exportador, a la restricción, por una parte, de mantener las exportaciones agropecuarias (no por seguir importando bienes de consumo sino esta vez bienes de capital e intermediarios) y, por otra, *de no estimularla* como sector principal del nuevo modelo de acumulación.<sup>15</sup> Una segunda restricción era que la agricultura abastecía de alimentos a las masas urbanas y secundariamente de materias primas a la agro-industria, a un *bajo costo*, para facilitar la acumulación. Puesto que la expansión del capital se concebía sobre la base de las empresas industriales y por lo tanto su tasa de ganancia debía ser alta, un aumento del precio de los productos agrícolas subiría el costo de reproducción de la fuerza de trabajo industrial y haría invariable la acumulación rápida. En otras palabras, el hecho de que la agricultura fuera antes principalmente exportadora impedía que el Estado implementase políticas cambiarias, de precios y créditos agrícolas, de reforma agraria, etcétera, en definitiva discriminatorias al sector agrícola —como sucedió en países minero-exportadores— y que en consecuencia la burguesía industrial rompiera la alianza política con la oligarquía terrateniente exportadora.

De este modo, la relación entre el sector agrícola y el sector industrial y las correspondientes alianzas políticas entre la burguesía industrial y agraria varían según sea el rol exportador de la agricultura y la disponibilidad de tierras. Analicemos brevemente dos variantes, la brasileña y la chilena.

En el caso de Brasil durante la transición entre la economía agrario-exportadora y la urbano-industrial se logra una alianza más o menos estable, aunque no sin contradicciones, entre ambas fracciones de la

<sup>15</sup> Francisco de Oliveira en "Crítica a raza dualista" p. 15-21 // *Estudos CEBRAP 2*, Sao Paulo, Editora Brasileira de Ciências, 1972.

burguesía. Esto se obtiene mediante una acción eficaz del Estado, que emprende obras de infraestructura, sobre todo caminos, capaces de abrir nuevas fronteras a la producción agrícola. Se abrió así el paso a una expansión horizontal muy significativa, pero con baja capitalización de la agricultura. Este mecanismo ha sido analizado en detalle por economistas como Francisco de Oliveira y Antonio Barros de Castro.<sup>16</sup> El primero de ellos lo explica como un proceso de “acumulación primitiva” estructural que resulta en una transferencia de valor del trabajo campesino, ocupante transitorio, que abre nuevas tierras a la producción para el propietario, todo lo cual se refleja en un precios bajo de los alimentos de consumo interno sobre la base de la explotación del primero. Sin embargo, el modelo también contempla la creación paulatina de una agricultura comercial distinta a la agricultura de subsistencia que pervivía en las *fazendas* o en los minifundios. Esta última puede colocar algunos excedentes en mercados secundarios lo que juega un papel funcional, como se verá más adelante, en el modelo de acumulación. La modernización de la producción agrícola da lugar a un “proletariado rural” que no se constituye sino a partir del crecimiento del proletariado urbano que amplía la demanda de alimento. Esto sucede sobre todo en la región centro-sur de Brasil, la más industrializada y urbanizada. La alianza entre la burguesía industrial y la clase terrateniente excluye totalmente del poder al campesinado tradicional y al “proletariado rural”, que emerge sin derechos laborales reconocidos por la ley.

De este modo, dentro del modelo de acumulación urbano-industrial la agricultura se caracteriza por combinar las formas “modernas” y las “tradicionales”, pero no de manera dualista sino dialéctica, porque las segundas son funcionales y están ligadas a las primeras y ambas al resto de la economía dentro de la lógica de acumulación emprendida por las clases dominantes. Esta funcionalidad de la agricultura dentro del desarrollo capitalista no excluye por cierto contradicciones que surgen de la subordinación indirecta de la primera a la segunda. La agricultura es así capaz de abastecer de excedentes alimenticios crecientes a un precio bajo, determinado en principio por el costo de reproducción de la fuerza de trabajo rural, rebajando a la vez el precio de la fuerza de trabajo industrial. En efecto, en ésta, los alimentos tienen un peso mayor que los servicios urbanos necesarios a su re-

<sup>16</sup> Francisco de Oliveira en las obras ya citadas y Antonio Barros de Castro // ensaios sobre a economia brasileira, Editora Forense, 2a. Edição, Rio de Janeiro, 1972, p. 77 ss.

producción, más aún en las primeras décadas de este modelo de acumulación. Además, la agricultura cumple un segundo papel, no menos importante para una rápida expansión de la industria, pues proporciona, vía emigración masiva desde zonas rurales a grandes ciudades industriales, un contingente considerable de trabajadores. Esto no sólo permite llenar de modo adecuado los empleos disponibles en la industria sino crear un excedente de fuerza de trabajo, necesario para la obtención de una plusvalía mayor sobre la base de un salario que nada más solventa la simple reproducción de la misma, pese a los aumentos considerables de productividad logrados por el sector industrial en varios países. Este tipo de incremento del proletariado industrial —mediante contingentes de jóvenes de origen rural— tiene por lo demás incidencias negativas sobre la formación de la conciencia de clase como se ha analizado en la región industrial de Sao Paulo.<sup>17</sup>

Tales características de la variante brasileña de sumisión del subsector agrícola al sector industrial, anteriores a la penetración masiva de la agro-industria de los años 50 y 60 que conlleva una nueva forma de sumisión, no se reproducen por completo en la variante chilena. Allí la burguesía pretende funcionar sobre las mismas bases que en Brasil para la acumulación, aunque con menos éxito debido al espacio económico más reducido y al movimiento obrero relativamente más organizado. Pero la sustitución de importaciones a través del desarrollo de una industria nacional no logra implementarse en Chile dentro de un cierto equilibrio con el desarrollo de la agricultura. Esta última, por una parte, no era exportadora y por lo tanto era menos urgente mantener su crecimiento y, por otra, no tenía posibilidades de un crecimiento extensivo y horizontal por la inexistencia de una frontera agrícola. De ahí que la burguesía industrial emergente predomina sobre la clase latifundista, lo que conduce al Estado a plantear políticas de precios agrícolas, de crédito, de importaciones de insumos, que discriminan a la agricultura y favorecen la industria protegida de la competencia extranjera en expansión. Más aún, el aumento de las reivindicaciones pese a que el sindicato en la agricultura carece de personalidad legal desde la postguerra hasta los años 60, limita las posibilidades de explotación y de conservación de los salarios rurales a niveles de mera subsistencia, como es el caso de Brasil.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Francisco de Oliveira, *ibid.*, p. 50.

<sup>18</sup> A. Alfonso, S. Gómez, E. Klein y P. Ramírez, *Movimiento campesino chileno*, Santiago, ICIRA, 1970, 2 v.



La conciencia de clase germinal en el sector asalariado del campesinado está estimulada por el movimiento obrero industrial, de largo desarrollo en Chile. El modelo de crecimiento descansa en cierta medida sobre el sacrificio de la agricultura, dado que la redistribución intersectorial le es adversa por el mecanismo de precios agrícolas controlado por el Estado. Así la agricultura entra en un periodo de crecimiento lento que poco a poco transforma al país en un importador neto de alimentos. Hacia fines de los años 60 se debe destinar alrededor de un tercio de las divisas internacionales para importar alimentos, sobre todo trigo y carne. Esto explica en parte porqué en Chile, en tiempos de la Alianza para el Progreso, la democracia cristiana impone una reforma agraria drástica —lo que no fue el caso de Brasil— que refleja la ruptura de la alianza entre la burguesía nacional y los latifundistas. Sin duda, la reforma se logra por el avance de la izquierda, del movimiento de asalariados campesinos y de la población indígena del sur que presionan por tierras, pero también por las necesidades de modernizar la agricultura —aumentar su productividad y satisfacer la demanda creciente de alimentos en una etapa de auge de las reivindicaciones obreras y las de los grupos medios urbanos frente a los sucesivos gobiernos, en particular el de Frei. Éstos no podrán satisfacerlas sin recurrir a la importación de alimentos, en desmedro, por lo tanto, de la importación de bienes de capital e intermedios necesarios para la expansión industrial. En Chile, estos se producen aún en menor proporción dentro del país que en los países más industrializados como Brasil.

Las dos variantes en lo que se refiere a la agricultura, representan casos extremos. En los demás países donde se logra desarrollar el modelo de sustitución de importaciones, las burguesías industriales y agrarias establecen alianzas que determinan políticas intermedias entre las dos variantes estudiadas.

Es por ejemplo el caso de Argentina en época del peronismo, donde se confisca parte de sus ingresos a la fuerte burguesía agro-exportadora. El Estado utiliza un mecanismo eficaz: controla vía política cambiaria y monopolio exterior de las exportaciones de cereales, utilizando los excedentes así captados para promover actividades industriales. Sin embargo, por las limitaciones del proyecto del Estado peronista no se modificarían las condiciones estructurales en las que se basaba el poder de la burguesía terrateniente argentina.<sup>19</sup> Dicha burguesía con-

<sup>19</sup> Sobre la política económica del gobierno peronista ver: Antonio Caliero // Cinco años

tinuará gozando de una alta renta diferencial, resultado de las ventajas comparativas que presenta ese país para la producción de cereales.<sup>20</sup>

La agricultura mexicana constituye otro caso intermedio. No es idéntico al caso de Brasil, aunque un sector de su agricultura ha sido siempre exportador, ni tampoco el de Chile, aunque hoy día la frontera agrícola de hecho está agotada. Además, la forma agraria revolucionaria, realizada ante todo en el periodo de Cárdenas, y la existencia de una agricultura ejidal ligada a la población indígena complican notablemente el análisis. Podría aventurarse la hipótesis de que en México es posible distinguir dos sub-periodos en que la agricultura juega un papel distinto en el modelo de acumulación vigente. El primero, en que las grandes obras de regadío e infraestructura agrícola permiten en el norte del país, el surgimiento de una agricultura capitalizada y moderna, y de la correspondiente burguesía agraria. En este subperiodo hay un crecimiento sostenido de la producción agropecuaria que permite satisfacer la demanda doméstica creciente con alimentos de bajo costo, desempeño logrado más por la ampliación de la tierra cultivada que por el aumento de la productividad. Tal desarrollo agrícola favorece la acumulación rápida en la industria. Un segundo subperiodo se inicia cuando las posibilidades de incorporar tierras adicionales a la producción se agotan. Predomina entonces la agricultura orientada a la transformación agro-industrial y a la exportación, estimulada por políticas estatales y por el dinamismo de las filiales de transnacionales que penetran masivamente en los años 60. Ello deprime la producción de alimentos para el consumo doméstico y, en efecto, la producción agropecuaria. El Estado debe recurrir a la importación de productos básicos como maíz, cuya oferta antes satisfacía la demanda interna. En conclusión, en ambos subperiodos la fuerza de trabajo rural es pagada a un precio de subsistencia y el desarrollo agrícola, más en el segundo subperiodo, se sacrifica en aras del desarrollo agro-industrial e industrial.<sup>21</sup>

*después*, Buenos Aires, 1961. Para unas interpretaciones del conjunto del periodo peronista ver: Ricardo Sidicaro // *El Estado peronista*, tesis de doctorado ENECS, París, 1977.

<sup>20</sup> Sobre el carácter de la burguesía agraria argentina ver: Ernesto Laclau // "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno" en // *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1969.

Sobre la renta diferencial ver: Guillermo Flichman // *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*, Siglo XXI, México, 1977.

<sup>21</sup> Jorge Castell Cancino y Fernando Rello Espinoza, "Las desventuras de un proyecto agrario: 1970-1976" en // *Investigación Económica* Núm. 3 (Julio-Sept. 1977) UNAM, México, p. 131-155.

Otros países, como por ejemplo los de Centroamérica, no logran desarrollar una industria nacional sino varias décadas más tarde —en los años 60 y en forma bastarda. Se trata de una industria “nacional” estimulada en parte por el mercado común centroamericano y que en verdad es de ensamblaje y distribución de productos importados y dominada en gran medida por el capital extranjero. Allí, el modelo sigue siendo agro-exportador y la alianza entre las oligarquías locales y el capitalismo internacional fincada en la explotación del campesinado, logra perpetuarse dentro de un sistema político que, salvo excepciones como Costa Rica y Panamá, es secularmente excluyente y represivo.

El modelo de sustitución de importaciones, cuyas bases se colocan en los años 30, se desenvuelve más rápido en la década posterior a la segunda guerra mundial. Sin duda, no está exento de contradicciones que se manifiestan en el plano político, según sea la combatividad y grado de organización del movimiento obrero. Se revelan también en el plano económico, cuyo síntoma es la inflación acelerada, aunque también la determinen otras causas, no sólo por el modelo de industrialización escogido. No hay que olvidar que después de la segunda guerra mundial surge Estados Unidos como la potencia económica hegemónica en el mundo. El capital norteamericano, bajo la forma de inversiones directas, se dirige en principio hacia la reconstituida industria europea y después de 1955 hacia América Latina, en especial Brasil, México y Argentina. Las burguesías latinoamericanas optan entonces por asociarse al capital multinacional, el cual logra expandirse hacia los sectores más dinámicos de la economía, como el de bienes durables de lujo. Para sostener su demanda efectiva y evitar que la acumulación cese, se impone un proceso continuado de redistribución regresiva del ingreso. La asociación del capital multinacional, ya sea con el capital privado nacional o con el mismo Estado, transforma poco a poco las relaciones externas de la economía. Pese al desarrollo de circuitos internos de financiamiento se debe acudir a la importación de bienes de capital y aún intermedios y a los empréstitos, para superar estrangulamientos coyunturales del crecimiento, y reponer el flujo de dividendos, *royalties*, intereses, etcétera, que aumenta hacia los países centrales.

De modo que en la medida en que ciertos países se integran en nuevas posiciones dentro de la división internacional del trabajo, *nuevas contradicciones se manifiestan*. La principal es estructural: una industrialización orientada al mercado interno —reducido al de altos ingre-

sos— pero financiada por el capital internacional, desarrolla una incapacidad estructural para devolver a la circulación internacional del capital financiero la parte correspondiente del excedente realizado dentro del país. Esto conduce a estrangulamientos de la balanza de pagos, la incapacidad de continuar el crecimiento sin recurrir al endeudamiento externo y a otros efectos económicos internos: presiones inflacionarias, crecimiento lento, es decir, agotamiento de los “milagros económicos”.<sup>22</sup> Todo lo anterior propicia mayores pugnas interburguesas; cada una de las fracciones de la burguesía trata de aprovecharse de la mejor forma posible de las nuevas condiciones. Se minan las bases sobre las que se construyeron las alianzas de clases que impulsaron el modelo de sustitución de importaciones: los frentes populares de gobiernos populistas y reformistas de la época, en los cuales las clases dominantes encuadraron a los sectores más calificados y organizados del proletariado.

La situación crítica del capitalismo mundial en su fase actual de transnacionalización y de concentración repercute con fuerza en la América Latina de los años 70. Las contradicciones del modelo de acumulación anterior llevaron, más a los países del Cono Sur, a una crisis de hegemonía, provocada por el avance del proletariado y de la izquierda, dentro de los condicionamientos impuestos por la economía mundial y el imperialismo. Éste determinó la modificación radical de los sistemas políticos de democracia burguesa— a menudo a través de golpes de Estado y de la posterior imposición de regímenes tecnocrático-militares. Regímenes que readecuan el Estado a la sociedad en función de un modelo de acumulación cada vez más concentrador y excluyente, con énfasis en las exportaciones, pero con todo incapaz de continuar un crecimiento acelerado. La nueva alianza de clases en el poder dominada por la burguesía industrial y financiera aliada al capitalismo transnacional, reprime con ferocidad los movimientos obreros y campesinos —y mineros en países como Bolivia— y margina a la fracción de la burguesía de industria mediana y grande orientada al mercado interno, la que entra en profunda crisis. El nuevo patrón de acumulación, centrado en la industria selectiva de bienes de consumo y en el fomento de exportaciones tradicionales y también “no tradicionales”, acentúa los rasgos del anterior y en consecuencia sus contradicciones, las que también son estimuladas por la dependencia de estas econo-

<sup>22</sup> Theotonio Dos Santos, “The crisis of the Brazilian Miracle” en *Brazilian Studies*, LARÚ, Toronto, Working Paper Núm. 20, Abril, 1977.

mías respecto al capitalismo mundial en crisis. En particular, por la falta de financiamiento externo, sobre todo para los bienes de capital, que dentro de la división internacional del trabajo que se impone en los años 60 se sitúa fuera del circuito interno de acumulación. Esto redundará en la crisis de la balanza de pagos y en el aumento espectacular de la deuda externa de países como Brasil, Argentina, México, Perú y otros.<sup>23</sup> Son los síntomas substanciales del agotamiento económico del modelo, sin contar las graves consecuencias sociales y políticas que acarrea sobre gran parte de la población, amenazando la estabilidad global del nuevo sistema de dominación.

Los límites estructurales del modelo de acumulación urbano-industrial, que exige un sistema político represivo, estarían dados en gran medida por la nueva división internacional del trabajo, establecida en los años 60: en términos generales se mantiene la función de los países periféricos de proveer de materias primas a los países centrales. El rasgo nuevo reside en el hecho de que en varios de los primeros se ha desarrollado una industria, cuyos sectores más dinámicos son controlados paulatinamente por las filiales de multinacionales, y que en suma, este tipo de desarrollo industrial es cada vez más dependiente del capitalismo mundial en lo que respecta por ejemplo a los bienes de capital, o al menos a su financiamiento. Es decir, la nueva división internacional del trabajo no es la antigua: la nueva opone a productores de materias primas y productos manufacturados *versus* productores de bienes manufacturados, sobre todo de bienes de capital, y además de algunas materias primas agrícolas "estratégicas", que son también prestadores de recursos financieros y de tecnología.

Conviene profundizar aún más en el rol que juegan las materias primas agrícolas y los alimentos en el comercio internacional, es decir, dentro de la división internacional del trabajo. Las investigaciones en curso tienden a demostrar, como lo dijimos, que en los últimos años, a partir de la recesión mundial de 1974, existe una cierta aceleración del desarrollo agroalimentario controlado por las filiales de firmas multinacionales. Para explicar este proceso expansivo hacia América Latina hay varias hipótesis. La primera insiste en que las firmas extranjeras buscan elevar la tasa de ganancia global, que desde fines de los

<sup>23</sup> Ver: Ronald Müller / Robert Cohe, "A Marshall Plan for the Developing World: Overcoming the contradictions in the International Financial System", 27 p., mimeo, y sobre todo Arthur Rypinski / Dixie Sakolsky, "The Silent Crisis: a Study of the External Public debt of four Latin American States" // The Political Economy of International Finance, Abril, 1977.

años 60 tiende a bajar o estancarse en Estados Unidos y otros países desarrollados, mediante las ganancias más altas que es posible obtener en los países dependientes de América Latina. En efecto, a últimas fechas los mercados relativamente pequeños, pero formados por capas de altos ingresos, permiten elevar los precios de alimentos diferenciados gracias al control oligopólico de los mercados más dinámicos. Además, la fuerza de trabajo es abundante y barata y las materias primas agrícolas se adquieren a bajo costo, dada la subordinación de la agricultura integrada por diversos mecanismos a la agro-industria. La conjunción de lo anterior con las políticas agrarias de salarios, de precios —usando como referencia el mercado internacional— de importación y exportación, de créditos y de impuestos, de infraestructura, permiten a las filiales de firmas multinacionales obtener una alta tasa de ganancia en los países del hemisferio sur en que se establecen y compensar así su tendencia a la baja en los países industrializados, sobre todo en momentos de recesión económica.

Una segunda hipótesis explicativa parte de la estrategia de ciertos círculos dentro de los Estados Unidos, al parecer el Departamento de Agricultura.<sup>24</sup> Éstos querían utilizar la agricultura norteamericana como uno de los pilares de su política exterior y de su hegemonía económica puesta hoy en cuestión. Las firmas norteamericanas dominan hoy los mercados internacionales del trigo y otros cereales, de la soya y sus subproductos, de la banana y de otros alimentos y en el país del norte existe una agricultura técnicamente superior, fuente importante de divisas y con posibilidades de aumentos de productividad y de intensificación de la producción muy altas. La restructuración en curso de la tenencia de la tierra en regiones de *family-farm*, como el Medio Oeste, lleva a una concentración de la propiedad de la tierra, a la eliminación de las empresas familiares más pequeñas y, conjuntamente, a la aparición de verdaderas firmas agrícolas, asesoradas por empresas consultoras capaces de dominar las más recientes técnicas agropecuarias, con acceso y conocimiento de los mercados a presente y futuro, que acuden al crédito en abundancia para expandir las tierras

<sup>24</sup> Ver la investigación de: B. S. Newfarmer y W. F. Mueller, Multinational Corporations in Brazil and Mexico: Structural Sources of Economic and Noneconomic Power, Report to the Subcommittee on Multinational Corporations of the Committee of Foreign Relations, Unites States Senate, Washington, D. C. Según esa investigación, las tasas netas de retorno para las filiales norteamericanas alcanzaron en 1972 el 16.1% del capital invertido, en Brasil y un 9.1% en México. Ambas más altas que en Estados Unidos.

cultivadas y la producción.<sup>25</sup> Se introducen así técnicas de gestión muy semejantes a las de cualquier empresa industrial o comercial. Tal política expansionista de Estados Unidos le da dividendos económicos (en divisas) y políticos, dada la demanda creciente de alimentos por parte de los países socialistas y del llamado Tercer Mundo, y le permite por ejemplo hacer que la industria europea le sea dependiente, por lo menos en lo referente a la ganadería y producción avícola, pues aquélla requiere importar tortas oleaginosas que no produce.<sup>26</sup> En América Latina el capitalismo agro-alimentario irrumpe cambiando los hábitos alimenticios, asegurando mercados de alta rentabilidad y el control de materias primas de exportación. La transformación que sufre en esos países la agricultura, conduce a menudo a sustituir la producción de alimentos de lujo por los de consumo popular que pueden escasear y obliga a los gobiernos a acudir a importaciones crecientes que estrangulan aún más la balanza de pagos.<sup>27</sup>

A su vez las clases dominantes aliadas al capitalismo transnacional reaccionan frente al agotamiento del modelo de acumulación urbano-industrial, estimulando al máximo las exportaciones agropecuarias necesarias para importar bienes de capital y saldar la deuda externa creciente. De este modo refuerzan el proceso de concentración del capital dentro del subsector agrícola y el desarrollo agro-industrial: contribuyen así a la subordinación o lisa y llanamente a la eliminación de la competencia de las firmas agro-industriales nacionales, por las filiales de firmas extranjeras. ¿Qué consecuencias trae este proceso para la lucha de clases en el campo? A partir de una estructura agraria con un sector exportador más dinámico y un sector "tradicional" de subsistencia que cumple una función necesaria —ya sea dentro de las haciendas o de los minifundistas— surge con fuerza un sector *asalariado rural* en la medida que se opera el desarrollo industrial y se moderniza la agricultura. La modernización, por líneas de productos, afecta tanto al sector "tradicional" como al de minifundio y subsistencia, parte del

<sup>25</sup> Ver trabajo de Hervé Donnard "Agriculture: ce que les américains nous préparente" en Economía 33 (Abril, 77), p. 75-81 y "us Food Power: Ultimate weapon in World Politic?" en Business Week, Diciembre 75, p. 54-60.

<sup>26</sup> Una visión favorable a esta evolución es la de Ray A. Goldberg, "U. S. Agribusiness breaks out of isolation" en Harvard Business Review, mayo-junio 1975.

Un análisis crítico es el de Michael Perelman Farming for profit in Hunger World, op. cit., particularmente la segunda parte, p. 21-61.

<sup>27</sup> Para un análisis de la dependencia de la agricultura y agro-industria europea respecto de los Estados Unidos, ver: La division internationale du travail, la Documentation Française, París, 1976, Vol. I, p. 273-309.

cual entra en crisis y libera fuerza de trabajo que emigra a la ciudad.<sup>28</sup>

El campesino asalariado de los países sin reservas de tierras y sin exportaciones agropecuarias, logra un desarrollo político considerable hacia los años 60, como lo demuestra su movilización en favor de una reforma agraria en países como Chile y su alianza con el proletariado industrial. Pero el *campesino del sector llamado de subsistencia* es en cierta medida *más explosivo*, en especial en países sin desarrollo industrial y con limitaciones de tierra: la historia reciente de Centroamérica y aún de Perú, Colombia y México así lo demuestra. En los países en que el modelo de acumulación se basa inicialmente en una expansión horizontal de la producción agropecuaria hacia las regiones de frontera, la creación del "proletariado rural" se retarda y sólo se constituye, por ejemplo en Brasil, en el momento en que se moderniza la agricultura en el Centro-Sur del país. Es así como el estatuto del trabajador rural sólo se aprueba en Brasil en los años 60, mucho más tarde que en Argentina, Chile y otros países. El asalariado de plantación, es decir, el de haciendas de azúcar y cacao del Noreste está sujeto a una dominación vestigio del periodo esclavista que duró hasta fines del siglo XIX. El mismo tipo de trabajador en otros países de Centroamérica, del Caribe y de América del Sur (Ecuador, Argentina) logra sindicalizarse pese a la fuerte represión a que a menudo es sometido. Finalmente, existe en determinadas regiones de Argentina, Brasil, Costa Rica, etcétera, una clase de *pequeños propietarios* que no se identifican con las reivindicaciones de los asalariados rurales y que se organiza en cooperativas. Tal sería el caso en Argentina de aquellos sectores que se nuclean en la Federación Agraria Argentina.

En estos momentos de crisis, el desarrollo agro-industrial descrito contribuye sin duda a una mayor explotación de los campesinos asalariados, de los minifundistas y aún de los sectores de pequeña burguesía agrícola, o sea los pequeños propietarios. La transformación de las relaciones de producción en el campo se realiza con la sumisión del asalariado y del productor agrícola a la agro-industria "hacia arriba" y hacia abajo, siendo el valor agregado por el subsector agrícola al producto final de consumo, proporcionalmente menor que el de agro-industria de transformación. Por lo demás, los costos de los insumos impuestos por la "revolución verde" van en aumento.

<sup>28</sup> Esta transformación puede darse a la vez por la "vía campesina" o por la "vía junker", en este último caso mediante una modernización de la hacienda. En ambos se da una sustitución de productos orientados al consumo interno por productos de exportación. Un ejemplo notorio es el caso de la soya en el Centro-Sur de Brasil.



El asalariado rural cuyos derechos de seguridad social y de sindicalización son a menudo letra muerta, recibe salarios en declive en términos reales, y aunque esté sindicalizado carece de fuerza suficiente para presionar por sus reivindicaciones, sobre todo si los gobiernos no los apoyan y aún los reprimen.

Es así como en Chile la política agraria de la Junta Militar, dentro del marco general de "economía social de mercado", ha consistido básicamente en detener la reforma agraria y aún devolver un tercio de las tierras expropiadas a los antiguos latifundistas.<sup>29</sup> Conviene señalar que los grandes agricultores fueron un sólido soporte de la contrarrevolución antiallendista y hoy gozan de un gran poder sobre los campesinos reprimidos con dureza, a quienes pueden imponer salarios de hambre o quitarles el trabajo a voluntad. Sin embargo, salen también perjudicados —salvo los que se dedican a producir productos competitivos de exportación, muy limitados en la agricultura chilena por la aplicación del modelo de acumulación de las autoridades militares. Modelo centrado sobre la minería y algunas agro-industrias de exportación (papel) y en la extensión del capital monopólico al total de la economía, para crear condiciones a la entrada de capital extranjero. En lo que respecta a la agricultura, se procede a privatizar la agro-industria y a dejar libres de hecho los precios agrícolas, protegidos hasta entonces, a fin de que se alinien a los del mercado internacional.<sup>30</sup> De este modo los productores de trigo, carne, leche y, más recientemente, de remolacha azucarera, se ven sometidos a una competencia del producto importado que los lleva a paralizar en gran medida la producción. Recurrir a las importaciones de alimentos en caso de que su costo de producción interno sea más elevado, es no sólo propio de la ideología ultraliberal sustentada por el gobierno militar, sino es también, cuando se usa como único criterio el mercado, la respuesta a una restricción impuesta por una agricultura que sólo puede crecer intensivamente, es decir por elevación de la productividad.

La coyuntura internacional de crisis y la correlación de fuerzas políticas favorables a las burguesías aliadas al capitalismo transnacional en América Latina, sobre todo en aquellos países en que el modelo de acumulación es de desarrollo industrial sustitutivo de importaciones que tiende a agotarse, confiere mayor importancia a la agro-industria

<sup>29</sup> Ver José Bengoa // *Modernización y diferenciación de la agricultura* CEPLAES, Quito, 1977, 13<sup>a</sup> p., mimeo.

<sup>30</sup> Ver José Bengoa // *Chile: la contrarreforma agraria y sus resultados*, 1977, 47 p., mimeo.

y por lo tanto a la expansión capitalista hacia el subsector agrícola. El único camino abierto es el aumento de la tasa de explotación del campesino y una transferencia de excedentes del subsector agrícola hacia la agro-industria. Pero, ¿cómo lograrlo? La *tendencia* que se observa es la de una proletarización *sui-géneris* del asalariado rural y del campesino sin tierra. Es decir, una disminución de los pagos en especie —comida, casa, derecho al uso de un pedazo de tierra— cuyo objetivo es sacar de la empresa agrícola y de la agro-industria una gran parte del costo de reproducción de la fuerza de trabajo rural, y aumentar así la tasa de explotación. A la vez, se observa una *segunda tendencia* de parte de los latifundistas y aún del productor mediano: gracias al apoyo de regímenes represivos, los empleadores omiten las legislaciones laborales, recurriendo a menudo al expediente de contratar asalariados sólo a título transitorio y no en forma permanente. En efecto, el sujeto de las legislaciones laborales es en general sólo el trabajador permanente y basta contratar asalariados en forma temporal para soslayar las garantías de la ley. Es el caso por ejemplo, del campesino de gran parte de la región de Sao Paulo, que aunque se le llama “volante” de hecho labora permanentemente y proviene no pocas veces de la periferia suburbana de la gran ciudad poblada por emigrantes rurales recientes.<sup>31</sup> Es también el caso, en cierta medida, de la agricultura chilena, con los antiguos beneficiados de la restauración del latifundio, ya sea por distribución de la tierra a campesinos o personas más adictas al régimen. Las migraciones de obreros agrícolas entre países limítrofes que son contratados para trabajos temporales, mostrarían en distintos países de América Latina otros aspectos de las modalidades de explotación de fuerza de trabajo rural combinados con desplazamientos regionales. La condición jurídica irregular en que por lo general se encuentra, la mantiene al margen de toda regulación de protección social. Como los que emigran de manera temporaria a México.<sup>32</sup>

Por lo tanto, aunque en un sentido se da un proceso real de *proletarización*, constitución acelerada de mano de obra asalariada liberada de la tierra, no es real en otro sentido, ya que el trabajador rural no tiene el *status* del trabajador permanente y no puede gozar de las garantías legales ni menos organizarse en sindicatos, cuando el derecho

<sup>31</sup> Ver Shubert // La política de medios agrícolas de la Junta Militar, Berlín, 1977 fotocopiado.

<sup>32</sup> Maria Conceicao d'Ancao e Mello // O Boia Fria: Acumulação e Miséria, Editora Vozes Ltda. Petropolis, 1976.

de sindicalización existe. Este proceso se da al unísono con la ruina de sectores minifundistas, debido a la política de precios agrícolas y de crédito que les obliga a dejar su tierra y aumentar la fuerza de trabajo volante. Es decir, que hay en camino un proceso paralelo de *pauperización* del campesinado. Por lo demás, esto es perfectamente funcional al modelo de acumulación: la creación de un ejército de reserva rural permite rebajar o al menos mantener estable el salario y aumentar así el excedente extraído de la agricultura, lo que no evitará que nuevas contradicciones surjan en el futuro.

En cuanto a los productores medianos y aún grandes que tarde o temprano sufren la subordinación, por medio de la agricultura de contrato, a la agro-industria fomentada por las políticas económicas actuales —es decir, el clásico mecanismo del *price-cost-squeeze*— tienden a organizarse en cooperativas para defender sus intereses, además de cargar el costo sobre el campesino, en la medida que puedan, lo que sucede más a menudo entre los que producen para la exportación y también entre aquellos que suministran materias primas a la agro-industria. Entre los actores políticos hay por lo tanto cuatro que cuentan: el Estado intervencionista, las agro-industrias, en ciertos casos las cooperativas de productores, y un cuarto, los asalariados rurales y pequeños productores, cuya fuerza política disminuye en la actual coyuntura.

Sin embargo, el más débil de los tres primeros agentes lo constituyen sin duda las cooperativas. Hay pocos estudios empíricos al respecto, pero se puede aventurar la hipótesis de que hoy la agro-industria<sup>33</sup> elimina el proceso creado por las cooperativas. Una variante observada en países capitalistas podría darse en algunos casos en América Latina: a saber, la autonomización de éstas, que se transforman en una empresa capitalista captadora de excedentes de los pequeños productores, aunque sus posibilidades de competir con el poder oligopólico y monopólico de la gran firma nacional o de la filial de una multinacional, son más reducidas en aquellos rubros en que las últimas ya han penetrado al mercado. Más aún, si no encuentran apoyo en el Estado y en las clases dominantes que éste representa.

Podemos terminar preguntándonos si hoy se puede hablar de una agricultura capitalista en América Latina y no sólo como antes, de una agricultura comercial capitalista ligada dialécticamente, dentro

<sup>33</sup> Rodolfo Stavenhagen // *Las clases sociales en las sociedades agrarias*. Siglo XXI, México, 1969.

de un desarrollo desigual y combinado, a una agricultura de subsistencia, el conjunto funcional al modelo de acumulación urbano-industrial. Sin duda, una gran parte de la agricultura de exportación se ha modernizado en las últimas décadas, así como los latifundios y las empresas medianas orientadas al mercado interno en la medida en que eran objeto de la "revolución verde" y se integraban a la agroindustria. En países como Argentina, Uruguay y otros, hay un predominio casi total de las relaciones de producción capitalista en la agricultura.<sup>34</sup> Otros países como Chile post-reforma agraria, Brasil en la región Centro-Sur, Perú en la costa, México en el Norte, etcétera, poseen un sector agropecuario netamente capitalista. En países de minifundio y de comunidades indígenas, existe al parecer un proceso de desintegración de la pequeña agricultura con la consiguiente proletarianización y pauperización del campesinado.

Las perspectivas políticas que abre el campesinado, desde el asalariado rural al asalariado sin tierra y "volante" e incluso el minifundista indígena, deben ser analizados con cuidado en los momentos en que se impone un modelo de acumulación en el que la agro-industria juega un papel significativo y que impulsa la sobreexplotación del campesinado. Un primer examen llevaría a la conclusión de que este proceso de sobreexplotación conlleva contradicciones nuevas, manifestadas en la proletarianización creciente del campesinado y por lo tanto en la creación de condiciones objetivas para una amplia alianza social que por primera vez incluya al campesino y al indio junto al obrero industrial y minero. Esta alianza podría, más allá de las reivindicaciones económicas, luchar por cambios estructurales de la sociedad. La razón que cimienta tal razonamiento es que las clases dominantes adoptan un modelo de acumulación necesariamente excluyente del proletariado y del campesinado y ambos están sometidos a una explotación creciente dentro de la situación actual de crisis. De este modo, las alianzas populistas y reformistas que captaban antes a sectores importantes de la clase obrera y del campesinado del sector moderno de la agricultura, pierden hoy toda validez.

Sin embargo, las perspectivas de alianza obrero-campesina, que dentro de una política de acumulación de fuerzas podrían arrastrar a otros sectores sociales, son más bien a *mediano* y aún a *largo plazo*. A *corto plazo*, en países donde la población agrícola es mayoritaria, la tierra es

<sup>34</sup> Otra hipótesis es la utilización de las cooperativas por parte del Estado para acelerar la transformación de la agricultura de consumo interno en agricultura de exportación. Ver Ursula Oswald, "Agro-empresa, revolución verde, cooperativismo y hambre", CISINAH, México, 1977, 17 p., mimeo.

escasa y el nivel de industrialización es bajo, la explosiva situación propicia movilizaciones campesinas considerables, aún bajo gobiernos militares y autoritarios, pero centradas todavía en el problema de la propiedad de la tierra. Es el caso de El Salvador, Honduras y hasta cierto punto, Perú y México. Movilizaciones más que todo esporádicas y de carácter local, incapaces de arrastrar también a ciertos sectores urbanos y a intelectuales.<sup>35</sup> En general no contienen un proyecto político propio, ni forman parte de un proyecto político nacional, ni tienen claridad sobre la transformación que sufre hoy la agricultura sometida a la agroindustria ni por lo tanto, sobre la necesidad de plantear objetivos que contemplen el control del ciclo agro-industrial y no la mera reivindicación de la tierra.

En países en que los asalariados rurales cuentan ya con un cierto grado de organización y han desarrollado relaciones con el proletariado industrial, la represión de los Estados tecnocráticos-militares se ha desencadenado contra ellos y sobre todo contra sus dirigentes.

Allí los movimientos sindicales ven reducida su capacidad de acción y sus reivindicaciones son más que todo de carácter defensivo. Su movilización depende en buena medida de la reactivación general del movimiento obrero, hoy día en crisis en varios países. Es el caso sobre todo de Chile. Sin embargo, dentro de este panorama de reflujó del movimiento campesino existen excepciones, por ejemplo Perú, donde emergen con fuerza centrales campesinas a veces con objetivos socialistas, que reúnen a varios millones de afiliados y que elevan su conciencia, no sólo reivindicativa de sus derechos, sino también política. Uno podría preguntarse si la reforma agraria peruana, cuyos resultados globales han sido más bien decepcionantes en términos de control y distribución de la tierra, de distribución del crédito, de la asistencia técnica, etcétera, no ha contribuido con todo a un realce de la conciencia política del campesinado. Éste, sometido hoy a las restricciones de la profunda crisis económica que afecta al Perú, comienza a comprender quizás que la redistribución de la tierra no le sirve sin una transformación global de la sociedad. Quizás también sea el caso de Colombia, donde la base de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), participara en el último paro cívico nacional convocado por las organizaciones sindicales del país.

Si nuestro análisis es correcto, es decir, si existe en marcha un proceso de proletarianización que reviste, cierto, características especiales, si

<sup>35</sup> Ver Guillermo Flichman, *op. cit.*

a la vez hay una descomposición más o menos acelerada de la agricultura pre-capitalista liberando al campesino de la tierra, impulsado esto por un modelo de acumulación que implica la sobreexplotación del campesino y que alcanza (aunque de modo diferente) al pequeño y mediano productor, entonces el proceso conlleva necesariamente nuevas contradicciones. Éstas pueden madurar antes y ser más explosivas a corto plazo en ciertos países, pero en todos pueden conducir a largo plazo a una elevación de la conciencia de clase política de los campesinos, que podrían enrolarse junto al proletariado industrial en un eventual proyecto revolucionario. Por cierto, el peso de la población campesina e indígena varía según los países: en los países en que todavía predomina la población rural sobre la urbana y donde hay escaso desarrollo industrial, el campesinado es sin duda más importante. Es el caso de Centroamérica, de algunas naciones andinas y del Caribe y hasta cierto punto de ciertas regiones de México. Pero ahí la disponibilidad de tierras en proporción a la población rural tiene también significación: mientras haya menos tierras de frontera y menos desarrollo industrial más explosividad política tiene el campesino a corto plazo. El Salvador y Brasil no sólo son polos opuestos porque uno es muy pequeño y el otro territorio inmenso, sino también porque el movimiento campesino se encuentra en situación muy diversa.

Al iniciar este trabajo afirmábamos que la transformación capitalista de la agricultura es más profunda probablemente que la ocasionada por las reformas agrarias de los años 60. Ello exige buscar con audacia nuevos objetivos para las reivindicaciones del movimiento campesino, y en especial para los sindicatos de trabajadores agrícolas, asalariados de agro-industria y las asociaciones y cooperativas de pequeños productores. No se trata de descartar la reforma agraria como principal reivindicación, sino de darle un contenido diferente.

La mera redistribución de tierras, lo hemos visto, no resuelve los problemas del campesino; la agricultura de contrato lo lleva a una subordinación indirecta al capital agro-industrial que controla los insumos, el crédito, la comercialización, la tecnología, subordinación que se torna más atezadora cuando las políticas estatales favorecen el desarrollo agro-industrial.

Debido a eso, cualquier programa político capaz de movilizar al campesinado en forma revolucionaria debe considerar como hecho irreversible que la agricultura ya no es más un sector autónomo, sino que está profundamente imbricada en el desarrollo industrial, comercial y fi-

nanciero del capital y que la solución de los problemas actuales pasa por una concepción diferente de la agro-industrialización. Esto presupone, a su vez, un modelo diferente de acumulación y de sociedad.

Después de esta larga disertación uno podría pensar que la agro-industria es un mal en sí. En verdad, el proceso de agro-industrialización es irreversible en el mundo entero. Lo que importa es saber qué tipo de agro-industria y en beneficio de quién se implanta en América Latina. El caso de Cuba nos ilustra: después de 1970 logra establecerse un modelo de acumulación socialista en que la agricultura se liga al desarrollo industrial en forma armónica. Pero es un modelo de auto-desarrollo y centrado en la satisfacción de las necesidades básicas de toda la población y no en beneficio del capital extranjero y de minorías nacionales cada vez más reducidas.